

Sin medir distancias (El día de la madre)

Zulay Alexandra Alvarado Navarro

Ni siquiera imaginé que ese día cambiaría mi vida de una manera tan radical. Fue ahí cuando llegué a la conclusión de lo mucho que valen los pequeños detalles de la vida, una sonrisa, un abrazo, un beso, una palabra de ánimo y hasta el poco tiempo que se le puede dedicar a alguien.

Y sí, es increíble cómo esa mañana al levantarme con la ilusión de volver a verla, recibí el inevitable frío de su ausencia. Todo comenzó a las siete de la mañana de aquel domingo que marcó el inicio de mi pequeña e indiferente soledad; al levantarme y quedarme sentada al borde de mi cama observando la incandescente luz del sol y meditando ciertas cosas, sólo oraba con ansiedad de obtener una respuesta.

Mi madre, el ser que me dio la vida, aquella persona que más de una noche se desveló por mi causa, quien siempre estuvo dispuesta para mí, la que nueve meses luchó para tenerme y a quien esperaba contarle todas mis experiencias de la vida, se había sometido a una cirugía de casi quince horas el día anterior. Se le había descubierto un tumor que poco a poco invadía su cerebro y no paraba de crecer. Luchó, no lo niego; trató de sostenerse en el delgado y corto hilo de la vida, aferrándose a la necesidad de verme crecer y ser otra persona.

Muchas cosas pasaron por mi mente aquel instante en el que llorando, papá entró a mi cuarto y tomándome en sus brazos me susurro al oído... se nos fue, se nos fue.

Yo no quería pensar lo ocurrido. Por un momento quedé inmóvil y ni siquiera podía llorar. Caí al suelo y con un suspiro muy grande, trataba de hallar la lógica de aquella noticia pero tras unos minutos, me desgarré en un llanto profundo e incontrolable de esos que salen del alma y que nadie puede contener.

De rodillas, sentí la necesidad de pedir fuerzas a Dios para aceptar su voluntad y tratar de enfrentar una realidad "la muerte", silenciosa e inoportuna, que llega dejando un gran vacío para quienes no pueden acompañarla.

Ninguna palabra que yo escriba en este momento de la noche, puede expresar lo que se siente no tenerla a mi lado y no sentir en mi ser ese delicado y sutil abrazo que siempre me convenció de que todo estaría bien y que a pesar de que empezaba a enfrentarme a la realidad no habría nada que temer.

Y realmente tenía la razón. Lo único a lo que sentí mucho temor fue a enfrentar una vida sin ella, pero aquí me encuentro en mi habitación. Tres años después, una copa de vino y lágrimas en mis ojos me dan la oportunidad de revivir ese momento, momento que me derrumbó, no lo niego. También sacó lo fuerte y guerrera que sería.

Sé que ella no estará en mi grado, ni en mis próximos cumpleaños y tampoco en mi matrimonio. Aunque quisiera seguir llenando mi vida con ella, no puedo hacerlo. Pero sí puedo tener su imagen y recuerdo intactos, como guardiana de mis sueños e ilusiones por cumplir. Por todo ello, no creo que hoy sea el día de la madre. Creo que debería serlo todos los días porque nunca es demasiado tarde recordarle a alguien cuanto lo amamos, quizá mañana sea demasiado tarde.